



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievalo
 Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages
 Actas del II Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas Ciudad de Cáceres
La Guerra en la Edad Media: fuentes y metodología, nuevas perspectivas, difusión y sociedad actual

Raúl González González¹

Ese persistente apocalipsis. Guerra e identidad urbana en el *Journal d'un bourgeois de Paris*²

A Never-Ceasing Apocalypse.
 War and Urban Identity in the *Journal d'un bourgeois de Paris*

Resumen:

En el presente artículo se pretende analizar la visión de la Guerra de los Cien Años que encontramos en una crónica anónima francesa de la primera mitad del siglo XV, la cual es conocida como el *Journal d'un bourgeois de Paris*. Tras una presentación del texto y su contexto político, se analiza la ideología del autor en torno a tres temas: la conciencia nacional, las razones de la guerra y la imagen de la guerra. Para concluir, se afirma la importancia que jugaron los asuntos bélicos en la construcción del discurso de la identidad urbana que aparece en la crónica.

Palabras clave:

Journal d'un bourgeois de Paris; Guerra de los Cien Años; Identidad urbana.

Abstract:

The aim of this paper is to analyze the vision of the Hundred Years War that we find in an anonymous French chronicle of the first half of XVth century, known as the *Journal d'un bourgeois de Paris*. After a presentation of the text and its political context, we study the author's ideology about three topics: national consciousness, the reasons of war and the image of war. As a conclusion, we stress the importance that war issues had in the construction of the discourse on urban identity that appears in the chronicle.

Keywords:

Journal d'un bourgeois de Paris; Hundred Years War; Urban Identity.

¹Becario predoctoral. Universidad de Oviedo.

²Este trabajo se ha desarrollado en el marco de una beca predoctoral Severo Ochoa – FICYT (ref. BP11-091), financiada por el Gobierno del Principado de Asturias a través de la FICYT. Además, se inscribe en el Proyecto de Investigación financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad “Poder, sociedad y fiscalidad en el entorno geográfico de la Cornisa Cantábrica en el tránsito del Medievalo a la Modernidad”, HAR2011-27016-C02-01, con sede en la UPV/EHU, el cual forma parte del Proyecto Coordinado HAR2011-27016-C02-00 junto con el Proyecto de Investigación HAR2011-27016-C02-02 de la Universidad de Valladolid, así como participa en la Red “Arca Comunitis”.

«Y bien pareció, por una condenable crueldad que el dicho Vaurus hizo, que él era el más cruel tirano que nunca hubiera sido Nerón u otro. Pues cuando apresó a un joven mientras labraba, lo ató a la cola de su caballo y lo llevó inmediatamente hasta Meaux, y después lo hizo torturar [...] El joven hizo saber a su mujer, la cual había esposado ese año y estaba muy cerca de dar a luz, la gran suma a la que se había comprometido para esquivar la muerte y el quebrantamiento de sus miembros [...] La joven se fue maldiciendo a Fortuna, y reunió el dinero lo antes que pudo, pero no pudo hacerlo para el día que se le había dicho, sino unos ocho días más tarde. Tan pronto como pasó el día que el tirano había dicho, hizo morir al joven, como había hecho morir a los otros, en su olmo³, sin piedad y sin compasión. La joven vino tan pronto como pudo reunir el dinero, vino al tirano y le solicitó a su marido llorando mucho [...] Tan pronto como tuvieron el dinero, le dijeron que se fuera de allí y que su marido estaba muerto como los otros villanos. Cuando ella oyó sus muy crueles palabras, tuvo tal duelo en su corazón como ninguna, y les habló como mujer desesperada y furiosa que perdía el buen juicio por el gran dolor de su corazón. Cuando el falso y cruel tirano, el bastardo de Vaurus, vio que ella decía palabras que no le gustaban, la hizo golpear con palos y llevarla inmediatamente a su olmo, y la hizo sujetar y la hizo atar y después hizo cortar todas sus ropas, tan cortas que se la podía ver hasta la altura del ombligo, lo cual era una de las mayores inhumanidades que se puedan pensar. Y sobre ella había ochenta o cien hombres ahorcados, unos abajo, otros arriba; los de abajo, a veces, cuando el viento los hacía sacudir, la tocaban en la cabeza, lo que le causaba tal espanto que no podía mantenerse en pie: así las cuerdas con las que estaba atada le cortaban la carne de sus brazos; así la pobre, exhausta, profería muy altos gritos y penosos lamentos. En este doloroso dolor en el que ella estaba, vino la noche, y se desoló sin medida, como quien demasiado martirio sufría, y cuando se acordaba del horrible lugar en el que estaba, que tan espantoso era a naturaleza humana, volvió a comenzar su dolor tan penosamente diciendo: “*Señor Dios, ¿cuándo cesará este horrible dolor que sufro?*”. Gritó tan fuerte y largamente que se la podía oír desde la ciudad, pero no había nadie que hubiese osado ir a sacarla de donde estaba, pues hubiese muerto por ello. En estos dolores y gritos dolorosos se puso de parto, tanto por el dolor de sus gritos como por el frío del viento que por debajo la asaltaba por todas partes [...]. Gritó tan alto que los lobos que allí habitaban a causa de la carroña vinieron a su grito directos a ella, y de toda parte la asaltaron, especialmente al pobre vientre que estaba descubierto, y se lo abrieron con sus crueles dientes, y sacaron fuera al niño por pedazos, y el resto de su cuerpo lo despedazaron completamente. Así murió esta pobre criatura, y otros muchos, y fue en el mes de marzo, en Cuaresma, el año 1420.»⁴

³ Tenía al parecer por costumbre matar a quienes no podían pagar su rescate ahorcándolos de un determinado olmo que hacía llamar “el árbol de Vaurus”. Tras la toma de Meaux por Enrique V en 1422, Vaurus fue ejecutado y su cadáver colgado de dicho árbol (Beaune, 1990: §343).

⁴ Traduzco aquí al castellano el texto ofrecido en Beaune, 1990: §345 (según el uso habitual, para las citas de la fuente me remitiré no a las páginas de la edición, sino a su numeración en párrafos). Todos los fragmentos

El texto crudo y espeluznante que sirve de encabezamiento a este trabajo no forma parte de un relato de terror o de algún manual anticuado sobre el feudalismo. Procede de una crónica anónima parisina de la primera mitad del siglo XV, el llamado *Journal d'un bourgeois de Paris*, que lo recoge como un hecho real acontecido en las cercanías de la ciudad francesa de Meaux, sita a unos 55 km de París. La primera reacción del lector moderno, espontánea y casi de buen tono, lleva a tratar de restar verosimilitud al hecho, seguramente incómodo por resultar demasiado cercano a las viejas estampas que popularizaron la idea de una Edad Media dominada por la barbarie y el oscurantismo. De modo que no debe extrañar que se haya venido destacando el carácter más bien legendario del relato, dotado de las exageraciones y deformaciones propias del rumor (Beaune, 1993: 199; Bove, 2010). Sin embargo, no es ése el camino que se seguirá aquí. Independientemente de que las atrocidades atribuidas al bastardo de Vaurus hayan sido reales o imaginarias, exactas o excesivas, creo que la pregunta clave que debemos hacernos es la de por qué el anónimo autor del *Journal* estuvo dispuesto a creer que tales cosas podían ocurrir en su época apenas a 12 leguas y media⁵ de la capital del reino de Francia, o lo que es lo mismo, por qué en los medios parisinos pudo difundirse la idea de que la más atroz de las barbaries habitaba casi a los pies de sus murallas. Para responder a este interrogante debemos adentrarnos en un mundo y una época tan alejados de nuestra experiencia como de algunas interpretaciones del período que otros han elaborado para nosotros, pretendiendo seducirnos con una sencillez y un esquematismo que suelen ser mejores embajadores del mendaz presente que de un pasado verosímil. Sea pues.

1. El *Journal*

A lo largo de la primera mitad del siglo XV, un ciudadano anónimo de París, probablemente un clérigo estrechamente vinculado al cabildo de Notre-Dame y a la Universidad⁶, redactó una suerte de crónica personal en la que fue anotando los acontecimientos de muy diversa índole que afectaban al reino de Francia y muy

del *Journal d'un bourgeois de Paris* que se ofrecen en el presente artículo en versión castellana son traducciones propias. A diferencia de la traductora inglesa (Shirley, 1968), que ofrece una versión especialmente llana y legible, he optado por respetar en la traducción las singularidades expresivas del texto original, manteniendo lo que a ojos del lector moderno no parecen sino molestas repeticiones, anacolutos e incoherencias. He preferido conservar esas huellas de alteridad antes que abolir una distancia que no es sólo lingüística o temporal.

⁵ En el sistema de medidas en vigor en el París de la época, una legua equivalía a 4,4 km (Beaune, 1990: 453).

⁶ Para los problemas en la identificación del autor véase Tuetey, 1881: IX-XLIV; Shirley, 1968: 14-22; Beaune, 1990: 11-13.

especialmente a su amada ciudad de París, la cual se ha venido conociendo tradicionalmente con el impreciso título de *Journal d'un bourgeois de Paris*. El original no ha llegado hasta nosotros, pero el texto se nos ha conservado en seis manuscritos de los siglos XV-XVII, todos incompletos en mayor o menor medida y con escasas variantes de lectura. Contamos además con ediciones parciales desde 1596, y ya Louis François Joseph de La Barre ofreció una primera edición integral en sus *Mémoires pour servir à l'histoire de France et de Bourgogne* de 1729 (Beaune, 1990: 8-9).

Sin embargo, a día de hoy seguimos careciendo de una edición crítica que tenga en cuenta todos los testimonios. A la espera de que alguien se decida a acometer la empresa, debemos seguir acudiendo a la edición de Alexandre Tuetey del año 1881, basada en los manuscritos de París y Roma (Tuetey, 1881). No obstante, por su fácil manejo y menores dificultades de lectura para los lectores poco familiarizados con el francés bajomedieval, citaré aquí el texto a partir de la edición de Colette Beaune en la colección “Lettres gothiques” de la editorial *Le Livre de Poche*, que básicamente sigue el texto de Tuetey, aunque incorpora algunas novedades, y que ha optado por modernizar la grafía según las reglas del francés actual, aún conservando el léxico y la sintaxis del original (Beaune, 1990: 5). Contamos además desde hace décadas con una buena traducción al inglés, realizada por Janet Shirley a partir fundamentalmente del manuscrito de Roma (Shirley, 1968: 42).

El *Journal d'un bourgeois de Paris* se trata de una obra verdaderamente fascinante, a través de cuyas páginas podemos vislumbrar la palpitante vida urbana de la capital francesa durante la última fase de la Guerra de los Cien Años (concretamente, conservamos noticias que abarcan los años 1405 a 1449). Nada escapa al ojo atento de nuestro cronista: junto a la narración de los principales acontecimientos políticos y militares, se nos describen las procesiones religiosas, las ejecuciones públicas, las fluctuaciones climáticas o la evolución de los precios de los bienes de primera necesidad. De todas formas, quizá la característica más interesante del *Journal* a nuestros ojos sea que probablemente ninguna de las crónicas francesas de la época ofrece en el plano político un testimonio tan fresco, tan rico, tan henchido de contemporaneidad y de partidismo, y a la vez tan representativo del clima de opinión reinante en los medios parisinos⁷.

⁷ A pesar de que la crónica es citada con relativa frecuencia en una obra archiconocida como *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga (Huizinga, 1995), donde quien escribe estas líneas tuvo noticia por primera vez de la existencia del *Journal*, por desgracia parece ser ampliamente desconocida por los investigadores hispanos. Puede encontrarse una somera introducción a la fuente, desde una perspectiva muy deudora de la ortodoxia francesa de la que en gran medida disiento, en Mitre 2011. Agradezco enormemente al profesor Francisco García Fitz, de la Universidad de Extremadura, haberme dado la referencia de este artículo del profesor Mitre, que yo desconocía, en el transcurso del II Congreso Internacional de Jóvenes Medievalistas “Ciudad de Cáceres”, celebrado en octubre de 2013 bajo el título “La guerra en la Edad Media: fuentes y metodología, nuevas perspectivas, difusión y sociedad actual”, y en el que presenté una primera versión de este trabajo. Quisiera

2. El contexto político

La primera mitad del siglo XV es una de las épocas más convulsas en la historia de la monarquía francesa, ya que al reinado de un monarca afectado por frecuentes episodios de locura, Carlos VI (1380-1422)⁸, se añaden una cruenta guerra civil entre dos facciones nobiliarias: armagnacs y borgoñones (Schnerb, 2009)⁹, y la inicialmente exitosa “maniobra lancasteriana” (en la expresión de Contamine, 1989: 85-104) iniciada con la invasión de Normandía por Enrique V de Inglaterra en 1415 y culminada gracias al apoyo borgoñón en el Tratado de Troyes de 1420, que apartaba de la línea hereditaria al trono francés al “*soi-disant Dauphin*”¹⁰ en favor del rey inglés¹¹. Se sellaba así una nueva legitimidad dinástica que acabaría conduciendo, tras la muerte de Enrique V y Carlos VI dos años después, a la coexistencia de dos reyes de Francia: Enrique VI, el rey niño, en cuyo nombre ejercía la regencia su tío el duque de Bedford y bajo cuya obediencia permaneció la ciudad de París hasta 1436; y Carlos VII, el “rey de Bourges”, que, heredero de la facción armagnac, acabará expulsando de Francia a los Lancaster a mediados de siglo, una vez conseguida la neutralidad borgoñona en el conflicto con el Tratado de Arrás de 1435.

dejar también aquí constancia de mi mayor reconocimiento y gratitud a Carlos J. Rodríguez Casillas, director y alma del congreso, brillante investigador y (virtud aún más escasa) excelente persona.

⁸ Accedió al trono siendo menor de edad y no se hizo cargo del gobierno hasta 1388. Sin embargo, en 1392, con apenas 25 años, Carlos VI sufrió su primer ataque y desde entonces su reinado se caracterizó por largas “ausencias” (tal es el eufemismo que utilizan las fuentes para referirse a las épocas en las que el rey carece de cordura) sólo interrumpidas por breves y escasos intervalos de lucidez. Por desgracia, no he podido consultar Guenée 2004, donde se analizan la locura del monarca y sus consecuencias políticas, que lejos de conducir a su deposición hicieron de él un símbolo de unidad y legitimidad aceptado de forma prácticamente unánime.

⁹ El origen de dicha guerra civil suele situarse en el asesinato de Luis de Orléans, hermano del rey, por parte de los hombres de Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, que tuvo lugar en el año 1407 y ha sido magistralmente estudiado en Guenée 1992.

¹⁰ Con esta expresión (“el autodenominado Delfín”) se refieren las fuentes anglo-borgoñonas al delfín Carlos, futuro Carlos VII, cuya legitimidad por supuesto no reconocen.

¹¹ La alianza de la facción borgoñona con Enrique V, que permitirá a los Lancaster hacerse con el control de París, el propio Carlos VI y buena parte del norte de Francia, fue provocada fundamentalmente por el asesinato de Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, durante una supuesta entrevista de paz con el delfín Carlos que tuvo lugar en Montreuil en 1419 (Schnerb, 2009: 265-298). Juan será sucedido en el ducado por su hijo Felipe el Bueno (1419-1467), que se echará en brazos de los ingleses para vengar la muerte de su padre. Con el tiempo acabará desinteresándose de la política francesa y la guerra dinástica (Thompson, 1991: 12-15), sellando la paz con Carlos VII en el Tratado de Arrás y dedicándose tanto a la expansión territorial de sus dominios como a la consolidación de Borgoña como principado autónomo (Schnerb, 2005: 201-227; Schnerb, 2009: 385-387).

El contexto político en el que debemos enmarcar la redacción del *Journal* es, pues, muy complejo, y no conviene apresurarse demasiado en simplificarlo. Sobre todo, conviene no empeñarse demasiado en ofrecer una lectura en clave “nacional” cuyos esquemas contribuyen fundamentalmente a oscurecer el problema. Así, el conflicto dinástico Valois-Lancaster pasa a convertirse en una oposición nacional (Franceses vs. Ingleses), y como consecuencia la guerra civil entre facciones nobiliarias (Armagnacs vs. Borgoñones) se transforma en un enfrentamiento en el que el elemento que define a cada bando es la existencia o ausencia de patriotismo (Leales vs. Traidores). De este modo, el Tratado de Troyes de 1420 es visto como la cima de la traición, en la que la corona de Francia es entregada al secular enemigo extranjero (los ingleses) por parte de una facción de franceses antipatriotas, cegados por el odio, la ambición y la sed de venganza (los borgoñones)¹². No ha de extrañar entonces que los nacionalistas franceses (es decir, el sector mayoritario y dominante en el medievalismo galo) muestren una evidente simpatía hacia los Armagnacs. Sin embargo, por fortuna los súbditos del reino de Francia en el siglo XV no tuvieron por qué cargar con los traumas y compromisos de nuestros nacionalismos contemporáneos, así que la realidad histórica es mucho más rica y compleja, y precisamente el *Journal* es un buen ejemplo de ello.

De hecho, en este asunto nuestro cronista anónimo adolece de un pecado que el medievalismo francés raramente le perdona: era claramente pro-borgoñón¹³. En esto coincidía con buena parte de sus compatriotas parisinos, incluyendo a la propia Universidad, los cuales como consecuencia se sintieron relativamente cómodos con el sistema político establecido en el Tratado de Troyes (Thompson, 1991: 145-240 y

¹² El papel que en la construcción o refuerzo de esta lectura en clave “colaboracionista” haya podido tener la memoria de episodios mucho más recientes en la historia de Francia es algo que se me escapa, aunque desde luego se trata de un discurso cuyas raíces pueden situarse ya en el entorno Armagnac y Valois en el propio siglo XV, cuando podía ser una buena herramienta de propaganda para desprestigiar al enemigo político.

¹³ Esto genera una situación especialmente llamativa a lo largo de las páginas de la edición del *Journal* que manejo en este trabajo (Beaune, 1990), pues la editora, descaradamente pro-armagnac, dedica enormes esfuerzos a matizar, corregir o sencillamente enmendarle la plana a nuestro anónimo cronista a lo largo de numerosas notas al pie, prácticamente cada vez que éste emite algún juicio de valor cargado de *parti-pris*. Esto no resta interés a la edición, sino todo lo contrario: que una historiadora del siglo XX se sienta en la obligación de replicar a un autor del siglo XV incurriendo en un nivel de partidismo igual o superior al de la fuente es algo que ofrece al lector, una vez recuperado del estupor inicial, un espectáculo sencillamente delicioso. Así por ejemplo, cuando en una anotación de 1412 el cronista señala que los Armagnacs tienen intención de destruir París, a sus habitantes y al rey, la editora nos ofrece la siguiente nota: “*Les Armagnacs tendent peut-être à la destruction de Paris (encore qu'ils y aient de nombreux partisans), mais sûrement pas à celle du roi. Ils veulent contrôler la personne royale, ce qui est différent*” (Beaune, 1990: 55, nota 71). O, cuando a raíz de la invasión inglesa de 1415 el autor se queja de que las autoridades impusieron un gran tributo en París para hacer frente al invasor, impuesto que a la postre no sirvió de nada, la editora hace la siguiente reflexión: “*Le gouvernement redevenu de fait armagnac a un besoin désespéré d'argent pour faire face aux Anglais et payer une armée. Certes, celle-ci fut battue, mais fallait-il rien faire?*” (Beaune, 1990: 86, nota 19). Quizás lo único que debemos lamentar como fascinados espectadores de estos otros “Combates por la Historia” es que en el juego dialéctico no se haya concedido turno de réplica al cronista del siglo XV.

passim)¹⁴, hecho que aún sigue provocando la incomprensión, cuando no el sonrojo, de los historiadores galos¹⁵. Es curioso que el profesor Mitre, en su artículo ya citado, siga ese esquema nacionalista francés y ante el apoyo de París y su Universidad a las autoridades inglesas llegue a plantearse si estamos ante una “*trahison des clercs*” (Mitre, 2010: 70 y nota 61), en un uso de la expresión acuñada por Julien Benda que probablemente horrorizaría a su autor, quien precisamente criticaba con ella, entre otras cosas, la asunción de los postulados nacionalistas por parte de la intelectualidad europea (Finkielkraut, 2004: 9-10).

2. ¿Una guerra nacional?

Y si el marcado sesgo anti-armagnac del *Journal* produce no poca irritación en algunos medievalistas franceses, hay en el texto un segundo patrón ideológico que parece resultar aún más desasosegante: la ausencia de conciencia nacional¹⁶. El hecho es tan contrario a algunas supuestas certezas que en general se le ha dedicado muy poca atención. En efecto, la historia oficial nos enseña que la Guerra de los Cien Años fue por así decir el catalizador de la gestación de una conciencia nacional en Francia (Potter, 2002: 93-96)¹⁷. El testimonio del *Journal d'un bourgeois de Paris*

¹⁴ El magnífico libro de Guy Llewelyn Thompson, fruto de su tesis doctoral, detalla por ejemplo cómo las “fuerzas de ocupación” inglesas en París fueron numéricamente muy exiguas, de modo que la lealtad de los parisinos era un elemento clave: “*The standard English garrison in Paris seems to have been under a hundred, and probably closer to twenty in the mid-1420s, with a great noble perhaps bringing a retinue of some three hundred soldiers, and other reminders of war coming from armies passing through the capital or mustering nearby. It was certainly the policy of the Lancastrians to keep garrisons small where possible. Apart from the cost, the authorities were aware that excessive numbers of soldiers were counter-productive in times of peace: their aggressive and violent behaviour could do nothing to encourage the loyalty of the ordinary people of Paris. That loyalty was decisive in determining the security of Paris*” (Thompson, 1991: 98). Estamos hablando pues de una guarnición inglesa de menos de 100 hombres para una ciudad que por entonces tendría unos 80.000 habitantes (Favier, 2012: 117).

¹⁵ Recientemente Jean Favier se ha sentido en la obligación de rescatar del fango de la ignominia al obispo Pierre Cauchon, el juez de Juana de Arco, para tratar de ofrecer una explicación histórica a eso que el nacionalismo sólo puede entender como una *anomalía*: el hecho de que un intelectual francés y otros muchos de su generación hayan podido colaborar con el régimen de los Lancaster (Favier, 2010). El caso de Pierre Cauchon es además especialmente doloroso, claro, por su papel como verdugo de la mayor heroína nacional de la dulce Francia.

¹⁶ Colette Beaune nos lo explica a su manera: “*Quant à ce que les Armagnacs voudraient faire du pouvoir, il n'en sait rien. Ils lèvent de lourds impôts pour faire une guerre où ils se font battre. Rien sur la Pragmatique Sanction, les ordonnances sur l'armée et les finances. Tous les efforts des Armagnacs pour renforcer le pouvoir central et régulariser son exercice, il ne le voit pas. [...] Le développement conscient du sentiment national que véhicule le parti armagnac lui est aussi peu familier. [...] Mourir pour son pays est une catégorie qui lui est absolument inconnue et l'histoire de Jeanne d'Arc est pour lui incompréhensible, sauf à en faire une prophétesse et une sorcière*” (Beaune, 1990: 21).

¹⁷ La idea aparece expresada con total claridad ya en Michelet: “*Les Anglais, nous l'avons dit, laissent peu sur le continent, si ce n'est des ruines. Ce peuple sérieux et politique, dans cette longue conquête, n'a presque rien fondé. Et avec tout*

supone, entre otras muchas cosas, una seria objeción a esa idea. Su autor, aún considerándose durante el reinado de Carlos VI como un súbdito leal de la casa de Francia, tiene por única patria a la ciudad de París, y ello es tan evidente que a lo largo del texto el sintagma *nos gens* (“nuestras gentes”) sólo aparece en aquellas operaciones militares donde participan las milicias parisinas. Tanto es así que incluso cuando el autor, no sin cierta renuencia, acabe por dar a los Armagnacs el apelativo de “Franceses” a partir de la toma de París en 1436¹⁸, esa nueva identidad no se ganará su adhesión, y en lo sucesivo se referirá a los “Franceses” con la misma frialdad y lejanía que a los “Ingleses”. Puede verse con claridad en diversos fragmentos del *Journal* correspondientes a los años 30 y 40:

“Y en aquel tiempo no había ninguna noticia del rey, como si estuviera en Roma o en Jerusalén. Y, ciertamente, nunca desde la entrada en París ninguno de los capitanes franceses hizo algún bien del que se deba hablar de ninguna manera, sino robar y saquear de noche y de día; y los ingleses hacían la guerra en Flandes, en Normandía, delante de París, y nadie les hacía frente, y así ganaban cada vez alguna plaza fuerte; y el día de San Cosme y San Damián vinieron hasta Saint-Germain-des-Prés, y nunca ninguna de las gentes de armas de París quisieron moverse de allí, y decían que no se les pagaba. Y en verdad todo lo que las pobres gentes de las buenas ciudades bajo su obediencia podían ganar era para aquéllos, y a los de los pueblos les quitaban lo que habían ganado o iban a ganar, y no les quedaba nada, como después de un incendio, y ciertamente decían que tanto les daba, o era aún mejor, caer en las manos de los ingleses que en las manos de los franceses.”

(Beaune, 1990: §708; anotación del año 1436)

cela, ils ont rendu au pays un immense service qu'on ne peut méconnaître. La France jusque-là vivait de la vie commune et générale du moyen âge autant et plus que de la sienne; elle était catholique et féodale avant d'être française. L'Angleterre l'a refoulée durement sur elle-même, l'a forcée de rentrer en soi. La France a cherché, a fouillé, elle est descendue au plus profond de sa vie populaire; elle a trouvé, quoi? La France. Elle doit à son ennemi de s'être connue comme nation” (Michelet, 1841: 306-307).

¹⁸ Con anterioridad, los partidarios de Carlos VII son calificados sistemáticamente como Armagnacs, con tan sólo dos excepciones. En una anotación de 1434, el *Journal* se refiere por primera vez a ellos como “*ceux qui se disaient Français*” (Beaune, 1990: §644), aunque en lo sucesivo sigue llamándolos “Armagnacs”, hasta que en la primera anotación de 1436, en vísperas de la toma de París, habla de “*les Français ou Armagnacs*” (Beaune, 1990: §684), siendo ésta la última ocasión en que utiliza el viejo apelativo de facción. No obstante, es muy significativo que cuando las tropas de Carlos VII se encuentran todavía ante las murallas de la capital, justo antes de que la intimidada guarnición de la puerta de Saint-Jacques les franquee el paso a la ciudad, el *Journal* hable de cómo “*vinrent devant Paris les seigneurs de la bande devantdite*” (Beaune, 1990: §692), utilizando precisamente la vieja terminología de los momentos más crudos de la guerra civil, cuando nuestro autor calificaba frecuentemente a los Armagnacs como “los de la banda”. En cambio, la siguiente anotación se inicia con una suerte de título: “*L'entrée des Français dans Paris en l'an 1436*” (Beaune, 1990: §693), que inaugura el uso ya definitivo del término “Franceses” para referirse a los integrantes del aparato político-militar de Carlos VII.

“Pero, ciertamente, no se sabía con quién salía uno ganando, con los ingleses o con los franceses, pues los franceses tomaban *pâtis*¹⁹ y tallas²⁰ cada tres meses, y si los pobres labradores no tenían con qué pagar, los gobernadores los entregaban a las gentes de armas; los ingleses, cuando los podían capturar, los liberaban a cambio de un rescate.” (Beaune, 1990: §721; anotación del año 1437)

“Hasta que el rey vino por segunda vez a París desde la entrada de los franceses”²¹

(Beaune, 1990: §768; anotación del año 1439)

“Y de toda parte donde el rey y todos los grandes en general que estaban con él sabían que había ingleses, huían a otra parte [...], y siempre había en su mesnada tres franceses contra un inglés. Los cuales franceses no hacían todos los días sino saquear y robar, devastar todas las viñas, todos los frutos, cortar los árboles todos cargados de fruto, si no se pagaba un rescate por ellos, y abatir las casas cubiertas de teja; en resumen, por todo se exigía un rescate en los campos y en la ciudad. Y así lo sabían bien los señores, pero todos ellos carecían de piedad, pues cuando alguien se les quejaba, le decían: «*Si fuesen los ingleses, no hablaríais tanto de ello. Es necesario que ellos [los soldados] vivan, sea donde sea*»²². Así estaba gobernado este rey Carlos VII, o peor de lo que digo, pues ellos [los señores] lo tenían como a un niño en tutela.”

(Beaune, 1990: §806; anotación del año 1441)

Como ya se ha señalado, el extrañamiento del anónimo cronista frente a los supuestos encantos de esa conciencia nacional francesa que teóricamente debería estar afirmándose en la época ha sido recibido con un elocuente silencio por la mayor parte de la crítica. Hay demasiado en juego, claro: ¿en qué posición queda la bella historia de un (re)nacimiento nacional si admitimos la posibilidad de un

¹⁹ Aparentemente, el término *pâtis* o *pactis* está relacionado etimológicamente con la idea de “pacto” y Godefroy lo define como “*pacte, convention concernant les contributions, et l'impôt lui-même, le tribut, la somme pour laquelle on a composé*” (Godefroy, 1880-1895: *sub voce* “pactis”). En este fragmento parece aludir concretamente a la compensación económica que los civiles pagan a los soldados para evitar un saqueo (Beaune, 1990: 362, nota 188). Beaune aclara en este caso que los *pâtis* son ilegales, pero aparecen pese a todo cuando el salario de las tropas se retrasa (Beaune, 1990: 369, nota 36).

²⁰ La talla es el impuesto directo.

²¹ La imagen es interesante porque en una escueta referencia cronológica se muestra una total lejanía con los “franceses”, como si fuesen más un ejército de ocupación que compatriotas libertadores.

²² Curiosamente (o no tanto), el *Journal* reproduce aquí un esquema que ya había utilizado durante la guerra civil para describir los crímenes de los Armagnacs, aplicándolo ahora a las tropas de Carlos VII. Si aquéllos recriminaban a quienes se quejaban que no hubieran dicho nada si los culpables hubiesen sido los Borgoñones (Beaune, 1990: §187), éstas afirman lo propio de los ingleses. La repetición de patrones narrativos y la insistencia en la cínica indiferencia ante los sufrimientos de la población civil sirve así al cronista anónimo para resaltar la identidad entre los Armagnacs y los “Franceses”.

particularismo identitario no ya en alguna lejana provincia del reino, sino en la propia capital? ¿Cómo renunciar a ese hermoso hito fundacional de la moderna nación francesa: una joven doncella lorenesa que conduce a un tímido rey a la consagración en Reims?²³ De alguna manera, se diría que dejar que el *Journal* ejerza todo su potencial corrosivo sobre el relato oficial sería algo así como reproducir la escena de aquel aciago 8 de septiembre de 1429, una visión sin duda aterradora para muchos: Juana de Arco volviendo a estrellarse contra las murallas de París, su glorioso proyecto truncado de nuevo por un proyectil lanzado desde la ciudad por diestras manos anónimas.

De todos modos, creo que la clave no está tanto en negar el mencionado proceso de afirmación identitaria como en matizarlo y calibrar sobre todo su difusión social. Parece claro que el largo conflicto bélico contribuyó tanto a la consolidación de un aparato estatal en Francia como a una exaltación de la monarquía en determinados círculos intelectuales (Allmand, 1990: 130-165, 186-221), permitiendo que desde mediados del siglo XV algunos letrados pudieran construir un relato de destrucción-restauración del reino de Francia en torno a la figura de Carlos VII. Cuestión diferente sería identificar ese progresivo desarrollo de una monarquía moderna dotada de organización fiscal, ejércitos regulares y propagandistas áulicos con el surgimiento de una “conciencia nacional” en el conjunto de la población del reino. Una vez más, no conviene apresurarse, pues ni siquiera las manifestaciones de lealtad a un rey o una dinastía suponen la existencia de un sentimiento de pertenencia a una comunidad *nacional* que abarcara a todos los habitantes de Francia. Y aún cuando estuviéramos dispuestos a creer en la aparición de dicho sentimiento en los medios intelectuales y los estratos superiores de la sociedad, el propio *Journal* nos ofrece un magnífico testimonio de que las nuevas ideas acerca de las funciones de la monarquía y la identidad de sus súbditos pudieron no ser recibidas con excesivo entusiasmo ni siquiera por los habitantes de la capital. De hecho, si tomamos como ejemplo a nuestro anónimo cronista deberíamos hablar más bien de abierto rechazo. Baste comparar la alegre afirmación que hace el intelectual Jean Juvenel des Ursins a Carlos VII en 1440, asegurando que

²³ De forma significativa, el autor del *Journal* no recoge referencia alguna al magno acontecimiento, y la *Pucelle*, lejos de representar un icono nacional, no será para él más que un peculiar personaje Armagnac. Así por ejemplo, en una anotación de 1429: “Item, en celui temps avait une Pucelle, comme on disoit, sur la rivière de Loire, qui se disoit prophète (...) Et était du tout contraire au régent de France et à ses aidants. Et disoit-on que malgré tous ceux qui tenaient le siège devant Orléans, elle entra en la cité à toute grande foison d’Armagnacs et grande quantité de vivres (...) Et plusieurs autres choses d’elle racontaient ceux qui mieux aimèrent les Armagnacs que les Bourguignons ni que le régent de France” (Beaune, 1990: §503). Puede verse que el *Journal* no presenta el sitio de Orléans y la aparición de Juana de Arco dentro de un contexto de guerra entre franceses e ingleses, sino que a la altura de 1429 sigue manteniendo intactas las categorías de la guerra civil: armagnacs y borgoñones. Además, el autor respeta escrupulosamente los principios institucionales de la “doble monarquía” instaurada en el Tratado de Troyes: Juana no viene señalada como enemiga de “los ingleses”, sino del “regente de Francia”; esto es, del duque Juan de Bedford, que ejerce el gobierno en nombre de su joven sobrino Enrique VI en el territorio francés controlado por los Lancaster.

si el rey le pide a su pueblo dinero para una reforma se lo dará de muy buena gana (“*trés voutentiers le vous octroyent*”) (Allmand, 1990: 216), con las constantes quejas del autor del *Journal* acerca de una pesada fiscalidad monárquica que él parece entender más bien como exacción infundada que como legítimo tributo, tal como vemos por ejemplo en algunas anotaciones de 1441, apenas un año después de la declaración de buenas intenciones por parte de des Ursins:

“Item, el jueves siguiente vino el Delfín a París y fue alojado en el *hôteldes Tournelles*, junto a la puerta de Saint-Antoine, y no permaneció más que una noche, ni se dejó ver en París, ni vino su padre el rey, por cuanto se recaudó la mayor talla en París (según la gran pobreza de dinero y de ganancias que era por entonces) que se hubiese visto desde hacía cincuenta años; pues se tomaban primero muy grandes préstamos a todos los del *Parlement*, del *Châtelet* y de todos los tribunales, bajo pena de que todos perdiesen sus bienes, y les correspondía pagar o ser metidos en prisión y tener oficiales guarnicionados en su residencia, que todo lo arruinaban tan pronto como allí estaban, pues hacían gastos muy desmesurados y otros malos afanes, más de lo que se les mandaba.

Item, después de este préstamo fueron establecidas otras grandes tallas, y creía el pueblo que no se le demandaría nada, pero después comenzó el gran dolor del pueblo por esta talla, pues ningún hombre ni mujer escapó de ella, y muy pesadamente fueron gravados, pues quien antes no había pagado sino 20 sueldos, pagaba 4 libras, el de 40 sueldos [subía] a 10 francos, el de 10 francos [subía] a 40 francos²⁴; y así no había ninguna piedad en ello, pues,[a] quien se negaba, sus bienes[le] eran vendidos en medio de la calle y su cuerpo [metido] en prisión.”

(Beaune, 1990: §802-803)

“Item, el rey se fue de nuevo a su país de Berry²⁵, a fin de que no se le demandase alguna supresión de *maltôtes*²⁶, de las que tantas había en Francia, y también por una gran talla que los gobernadores querían recaudar, la cual recaudaron, fuese correcto o no.”

(Beaune, 1990: §812)

²⁴ En el sistema de monedas de cuenta vigente en la época, 1 libra equivalía a 20 sueldos; por su parte, el franco era una moneda real de oro, creada en 1360 (Beaune, 1990: 451), que en época del *Journal* parece haber tenido un valor de 16 sueldos parisinos (Shirley, 1968: 34). El texto nos está hablando, pues, de una cuadruplicación de la carga fiscal.

²⁵ A diferencia de lo que ocurría en tiempos de Carlos VI, el rey ya no reside en París. Significativamente, el Berry, en cuyos castillos se aloja con frecuencia Carlos VII, es calificado por el *Journal* como “su país” (en el sentido medieval y francés del término, claro está). En cierto modo, para los parisinos el monarca es un extranjero.

²⁶ “Maltôte” era una expresión peyorativa para referirse a impuestos extraordinarios de tipo indirecto. *Vid.* el *Glosario Crítico de Fiscalidad Medieval*, coordinado por Denis Menjot, Manuel Sánchez Martínez y Pere Verdés Pijuan, *sub voce* “Maltôte/Maletôte”. El *Glosario* está disponible *on-line* en la siguiente dirección: www.imf.csic.es/web/esp/glosario-fiscalidad/glosario-fiscalidad.asp [consultado el 14-05-2014].

Si había un desfase tan grande entre las opiniones de los intelectuales supuestamente promotores de una “conciencia nacional” y la perspectiva un tanto menos idealista de los habitantes de París, podemos hacer gala de un sano escepticismo ante la posibilidad de que se diese un clima de mayor receptividad entre las poblaciones rurales de las provincias, donde resulta difícil creer que existiesen canales de transmisión propagandística lo suficientemente sólidos y operativos como para producir una sustitución de identidades. Como dice David Potter: “*There was a France for kings, one for the nobleman, one for the scholar, and another for the cleric. As yet, there was none for the peasant since the late medieval idea of national identity in all countries tended to trickle down from above and his was an oral culture*” (Potter, 2002: 5). Para finalizar este apartado sólo cabe añadir que, a la luz del *Journal*, probablemente tampoco hubiese una para los parisinos.

3. Las razones de la guerra

El *Journal d'un bourgeois de Paris* es, entre otras muchas cosas, la crónica de una pasión y un desencanto. Su ardiente fervor político inicial se mitiga con el tiempo, dando paso al desengaño, y eso hace que su visión de la guerra se modifique también, de modo que el conflicto parece ir perdiendo justificación a medida que pasan los años y nuestro autor comparte cada vez menos las razones para proseguir una guerra especialmente devastadora.

En efecto, durante la guerra civil nuestro cronista se muestra como un partidario acérrimo de los Borgoñones, entendidos casi como un “partido del pueblo”, y podríamos decir que buena parte de los elementos clave de su visión política se construyen precisamente a partir de los mensajes populistas transmitidos por la propaganda borgoñona. Por lo tanto, en esta fase para el autor del *Journal* al menos estaba relativamente claro que existía un enemigo que debía ser destruido (los Armagnacs) y un bando que defendía los intereses de los parisinos (los Borgoñones).

La situación cambia drásticamente con las muertes de Enrique V y Carlos VI, sobre todo a medida que el duque Felipe de Borgoña va mostrando su apatía y manifiesto desinterés por la política parisina, dejando el gobierno y la dirección de la guerra en manos del regente Bedford, actitud esta que acabará por enajenarle la simpatía del autor del *Journal*. El panorama es especialmente descorazonador, por cuanto persiste el viejo enemigo Armagnac, enemigo de la paz, los parisinos y el bien común, pero ya no se puede contar con una facción borgoñona efectiva que le haga frente. A estas alturas, nuestro cronista ha perdido ya sus viejas ilusiones y

carece de un líder o un partido sobre el cual pueda proyectar sus esperanzas políticas: a lo largo de la regencia de Bedford (1422-1435) el *Journal* transmite frecuentemente la sensación de que los habitantes de París están aislados y deben valerse por sí mismos, contando tan sólo con la ayuda esporádica e insuficiente de algunas tropas inglesas.

Ahora bien, con la toma de París por las tropas de Carlos VII en 1436 la situación cobra tintes aún más sombríos. Los Armagnacs, a quienes como hemos visto el *Journal* reconoce ahora el nombre de “Franceses”, se han hecho con el gobierno de la capital, mientras que los ingleses, únicos defensores y aliados de los parisinos en los quince años previos, han pasado a ser ahora unos enemigos feroces. Y si en la fase anterior el régimen de Bedford despertaba poco más que indiferencia en nuestro cronista, mientras se destacaba el aislamiento de los parisinos, ahora estos están condenados a vivir sometidos al gobierno tiránico de Carlos VII bajo una suerte de régimen de ocupación, hostigados además por las guarniciones inglesas, firmemente asentadas en las fortalezas de las cercanías, desde donde cortan las vías de suministros de la ciudad y realizan frecuentes expediciones de rapiña.

La idea de un régimen de ocupación no es fortuita, pues, de alguna manera, se diría que para el autor del *Journal* la muerte de su amado Carlos VI sella el fin de la monarquía legítima. Ni el regente Bedford ni el joven Enrique VI ni, desde luego, su odiado Carlos VII (es evidente que ni siquiera Juana de Arco pudo hacer olvidar a muchos antiguos borgoñones que Carlos había sido ante todo el asesino de Juan sin Miedo, el *soi-disant Dauphin*, el rey armagnac) podrán ocupar el lugar del difunto. De este modo, la impresión que recibe el lector es que a partir de 1422 se instala el imperio de la fuerza y prima exclusivamente el derecho de conquista. En adelante nuestro cronista parece resignarse a aceptar con pragmatismo y desazón a gobernantes *de facto*, aspirando tan sólo a que sean al menos capaces de garantizar cierta paz en París y sus alrededores, cosa que en momentos puntuales consiguen tanto Bedford como Carlos VII, personajes por cierto que raramente le producen alguna simpatía (algo más el primero)²⁷. Perdidas las viejas certezas, el panorama político no puede ser más desolador, a medida que nos adentramos en un mundo

²⁷ Incluso cuando en 1436, poco después de la entrada en París de las tropas de Carlos VII, el autor expresa una condena general hacia los ingleses, caracterizándolos como improductivos, excluye explícitamente de ella al duque de Bedford, por entonces difunto: “*Car, pour vrai, les Anglais furent moult longtemps gouverneurs de Paris, mais je cuide en ma conscience qu’oncques nul ne fit semer ni blé ni avoine, ni faire une cheminée en hôtel qui y fût, ce ne fut le régent duc de Bedford, lequel faisait toujours maçonner, en quelque pays qu’il fût, et était sa nature toute contraire aux Anglais, car il ne voulait avoir guerre à quelque personne, et les Anglais, de leur droite nature, veulent toujours guerroyer leur voisins sans cause, par quoi ils meurent tous malheureusement, car adonq en était mort en France plus de soixante-seize mille*” (Beaune, 1990: §696).

devastado donde la ausencia de monarca legítimo obliga a optar entre la anarquía y la tiranía²⁸.

De todos modos, el gobierno de Carlos VII aparece dotado de un rasgo específico que lo hace mucho más negativo a ojos del cronista que por ejemplo el de Bedford: por primera vez en mucho tiempo la capital de Francia está sometida a una autoridad superior fuerte y estable. No se trata ya de los efímeros gobiernos de la guerra civil, sujetos al permanente peligro de revueltas y golpes de mano, o del yugo relativamente suave de unos Lancaster que necesitan apoyar su régimen en el consenso de la población civil y bajo cuya autoridad los parisinos gozan de altas cotas de autonomía. Muy al contrario, con las tropas de Carlos VII entran en París los dos principales instrumentos de la monarquía moderna: la fiscalidad regular y los ejércitos profesionales. Instrumentos ambos a los que el autor del *Journal* es radical y ferozmente hostil. En el primer punto probablemente haya sido influido por el populismo antifiscal propio de la propaganda borgoñona²⁹, pero en cualquier caso resulta evidente que nuestro cronista tiene aún la idea de que los impuestos han de ser en todo caso un recurso extraordinario ligado a una causa excepcional concreta, y no el método ordinario de financiación de la monarquía, para lo que deberían bastar los ingresos provenientes de los dominios y derechos reales; esto es, dicho en la terminología de la época: el rey debería “vivir de lo suyo” (*“vivre du sien”*). Es por ello que el afianzamiento de las estructuras fiscales bajo Carlos VII le parece un claro signo de tiranía, con impuestos que no son en general más que gravámenes caprichosos de dudosa utilidad, y que muchas veces ni siquiera se emplean en la causa que había servido para legitimar su recaudación, según vemos en varios ejemplos de los años 40:

“Item, en este mes se recaudó una gran talla para ir a socorrer Harfleur, que los Ingleses habían asediado, y fue recogida, y después los Franceses no hicieron nada, y los de Harfleur, forzados por el hambre, se rindieron

²⁸ La visión de la realeza que se ofrece en el *Journal* es especialmente original e interesante, pero no puedo tratarla con detalle en el presente trabajo. En abril de 2012 presenté en el congreso *Kings and Queens: Politics, Power, Patronage and Personalities in Medieval and Early Modern Monarchy*, celebrado en la Universidad de Bath-Spa, una comunicación titulada «Quomodo sedet sola civitas: *Images of Kingship in the Journal d'un Bourgeois de Paris*» en la que ofrecía un primer acercamiento al tema. Dicha contribución permanece inédita, pero espero ampliarla y publicarla en el futuro.

²⁹ Así por ejemplo, el propio *Journal* recoge cómo en 1417 el duque de Borgoña hizo un llamamiento para no pagar impuestos: “Item, en ce temps, à l'issue d'août, s'émut le duc de Bourgogne pour venir à Paris, et vint en conquérant villes, cités, châteaux, et partout faisait crier, de par le roi et le dauphin et de par lui, qu'on n'y payât nulles subsides” (Beaune, 1990: §162; anotación del año 1417). Teniendo en cuenta que en ese momento el gobierno estaba en manos de los Armagnacs, la editora nos dice lo siguiente: “La propagande bourguignonne est, de manière démagogique, hostile à l'impôt et surtout à celui qui rentre dans les caisses de ses adversaires. Des ordres de ce genre sont par nature populaires!” (Beaune, 1990: 99, nota 18). De todos modos, parece que el discurso contrario a los impuestos no fue algo coyuntural, sino un rasgo recurrente en la política de Juan Sin Miedo.

a los Ingleses. Y los Franceses eran veinte mil, como se decía, o más, y los Ingleses no llegaban a ocho mil, los cuales siempre ganaban terreno.” (Beaune, 1990: §792; anotación del año 1440)

“Item, a finales de agosto vino el Delfín a París y estuvo allí unos tres días, y después se fue a Meaux, y allí estuvo algunos días en los que nunca fue a la iglesia, sino que todos los días iba a cazar y hacer tales vanidades o peores, y con él había unos mil ladrones que destruían toda la Ile-de-France; y les daba este Delfín por cada vaca que tomaban medio escudo, y por cada caballo un escudo, y quien quería vendimiar, tenía que pagar un gran rescate por su viña. Y toda esta dolorosa tempestad que así se sufría de parte del Delfín y de sus gobernadores falsos y traidores al rey, no se hacía sino porque el pobre pueblo no podía pagar las grandes tallas y otros subsidios con los que se les gravaba de día en día, y daban a entender que se hacían estas ayudas para ir ante Le Mans, otros decían ante Ruán, otros decían Mantes³⁰. Y daban así a entender los falsos gobernadores al pueblo, y tanto sostuvieron estas falsas palabras que todo el pueblo estaba apaciguado de sus daños por esperanza que se tenía que ellos hiciesen alguna cosa de bien, pero su esperanza fue totalmente vana, pues sostuvieron tanto al pobre pueblo en esta esperanza que comenzó el invierno; entonces fue dicho por los falsos gobernadores que no se podrían hacer sitios hasta la primavera, y que el rey tenía mucho que hacer donde tenía muy gran necesidad, y que su hijo se reuniese con él y su compañía rápidamente. Así se fue el Delfín el día 14 de octubre del año 1443, cuando tuvo su parte de la talla, sin hacer ningún bien más que [...] toda la región y destruirla.” (Beaune, 1990: §830; anotación del año 1443)

“Item, ni el rey ni ninguno de los señores de Francia iba ni venía a París, y constantemente se hacían grandes tallas, sin que se hiciese ningún bien para el común; y siempre se reforzaban los Ingleses y avituallaban sus fortalezas, y no hacían treguas, ni paz, y al rey no le importaba cómo fuese todo, sólo cabalgar de una región a otra, siempre bien acompañado de veinte mil o más ladrones que destruían todo su país.” (Beaune, 1990: §853; anotación del año 1445)

Es muy significativo que esta rapacidad fiscal hubiera sido ya denunciada por el *Journal* en épocas de gobierno Armagnac durante la guerra civil (por ejemplo, en 1417: Beaune, 1990: §157), cuando quedaba ya patente que el enfrentamiento bélico contra los ingleses era utilizado como excusa para recaudar impuestos que luego no servían para nada:

“Fue recaudada en París la mayor talla que se hubiese visto recaudar en la vida de un hombre [“*d'âge d'homme*”], que no hizo ningún bien en provecho del reino de Francia, tal y como estaba todo gobernado por los

³⁰ Plazas ocupadas por los ingleses.

dichos portadores de la banda, pues Harfleur fue tomada por los ingleses en el dicho mes de septiembre, el día 14, y toda la región devastada y robada, y hacían tanto mal las gentes de armas de Francia a las pobres gentes como hacían los ingleses, y ningún otro bien hicieron.” (Beaune, 1990: §126; anotación del año 1415)

Por otro lado, y tras haber experimentado décadas de guerra endémica, para el autor del *Journal* todos los soldados son igualmente condenables como gentes perversas dedicadas al saqueo, la rapiña y el asesinato. No parece encontrar diferencias entre los mercenarios, los ejércitos profesionales, las bandas irregulares o los meros bandidos, y los engloba a todos bajo el término genérico de “ladrones” (“*larrons*”). Por tanto, el desarrollo y consolidación del ejército real bajo Carlos VII³¹, lejos de parecerle un avance en una supuesta guerra nacional contra los ingleses, no supone para él más que una multiplicación del número de criminales. Así se expresaba por ejemplo en 1440 acerca de las tropas reales:

“Y verdaderamente parecía que los señores de Francia huyesen siempre ante ellos[ante los ingleses], especialmente el rey, que tenía con él tantos ladrones, pues los reyes extranjeros decían a los mercaderes del país de Francia, cuando iban a su país, que el rey de Francia era el verdadero olmo³² de los ladrones de la Cristiandad. Y ciertamente no mentían, pues había tantos en Ile-de-France que estaba toda poblada de gentes peores de lo que nunca lo fueran los sarracenos, como parecía por los grandes enormes pecados y tiranías que hacían al pobre pueblo de toda región donde el rey los llevaba, pero la mayor tiranía que se hubiese visto nunca [era la que hacían con] los niños recién nacidos, pues se los quitaban a su madre tan pronto como nacían, y antes los hubiesen dejado morir sin bautizar que devolvérselos jamás a su padre y madre sin [el pago de] un gran rescate.” (Beaune, 1990: §792; anotación del año 1440)

³¹ En esta época el ejército real está aún integrado en gran medida por grupos de mercenarios, los temibles *Écorcheurs* (“Despellejadores”) (Beaune, 1990: §766). Será sobre todo a partir de 1445 cuando se tomen las medidas para crear un ejército profesional permanente (Allmand, 1990: 136-7; Contamine, 1989: 108-9), pero precisamente para la segunda mitad de los años 40 el *Journal* ofrece ya anotaciones muy escasas y breves, en un momento en el que el frente de guerra se ha alejado por fin de París y el cronista apenas nos ofrece información sobre los asuntos militares (de hecho, el período se enmarca en gran medida dentro de una fase de calma que va de la tregua de Tours de 1444 hasta el inicio de la campaña de Normandía en 1449). De todos modos, es significativo que los impuestos recaudados en 1445 para financiar la creación de ese ejército regular sean criticados como inútiles en un pasaje que acabamos de ver (Beaune, 1990: §853 y p. 426, nota 26).

³² En el sentido de quien ofrece protección y refugio (Beaune, 1990: 399, nota 52).

Así pues, aunque los sucesivos éxitos militares de Carlos VII consiguen que el frente bélico se vaya alejando de la capital, no encontraremos en nuestro cronista alegres expresiones que celebren la llegada de la paz, la afirmación de la libertad o la restauración del orden. Porque, para él, lo que sucede a la guerra no es la paz, sino la tiranía. Aquellos males que durante el período bélico podían verse como anomalías destinadas a abolirse con el regreso del viejo orden (las exacciones económicas constantes, la permanente presencia de los soldados en la vida civil) se han institucionalizado. No ha de extrañar entonces que el autor del *Journal* parezca establecer en 1439 una sutil y maliciosa conexión entre la presencia del rey en París y las depredaciones de los lobos, precisamente en un momento en el que los agentes reales están recaudando en la capital importantes subsidios, que nuestro cronista condena (Beaune, 1990: §775). El lobo, vieja imagen del tirano que encontramos ya en Platón³³, parece representar aquí al nuevo tipo de monarca que propone el Estado moderno, el cual ya no defiende a sus súbditos, sino que los devora:

“Item, en este tiempo, especialmente mientras el rey estuvo en París³⁴, los lobos estuvieron tan rabiosos por comer carne de hombre, mujer o niño que en la última semana de septiembre estrangularon y se comieron a catorce personas, tanto adultos como niños, entre Montmartre y la puerta de Saint-Antoine, tanto dentro de los viñedos como dentro de las ciénagas; y si se topaban con un un rebaño, asaltaban al pastor y dejaban a los animales.” (Beaune, 1990: §772; anotación del año 1439)

4. La imagen de la guerra

Nada, pues, de conciencia nacional en el *Journal*; desencanto progresivo de sus ilusiones políticas borgoñonas, sobre todo a partir de los años 20; abierto rechazo hacia la afirmación de la monarquía moderna. ¿Cómo afrontar entonces una larga y cruenta guerra? Pues como quien está obligado a contemplar, año tras año y década tras década, un espectáculo desolador, maligno e inhumano.

De este modo, el *Journal* nos ofrece un verdadero catálogo de los males que provoca la guerra en la población civil. En primer lugar, los problemas de aprovisionamiento de París como consecuencia de las actividades bélicas que cortan u obstruyen las vías de suministro (Beaune, 1990: §163 y §165; anotaciones ambas del año 1417), lo cual, unido al aumento de bocas que alimentar dada la presencia en

³³ Concretamente, en *Repubblica*. 565d-566a (Loraux, 2008: 97).

³⁴ Evidentemente, el subrayado es mío.

la ciudad de tropas y de refugiados provenientes del campo provoca un severo encarecimiento de los alimentos y bienes de primera necesidad (por ejemplo, Beaune, 1990: §12, año 1410; §133, año 1415; §166 y §173-5, anotaciones ambas del año 1417):

“Y las gentes de Berry³⁵ y de sus aliados saqueaban, robaban, mataban, dentro y fuera de las iglesias, especialmente los del conde de Armagnac y los bretones, por lo que se siguió gran carestía de pan, que durante más de un mes el *setier*³⁶ de buena harina valía 54 francos o 60, por lo que las pobres gentes de la ciudad huían como en desesperación; y les hicieron varias escaramuzas y mataron a muchos de ellos.”

(Beaune, 1990: §11; anotación del año 1410)

El autor del *Journal* muestra también su indignación por el alojamiento forzoso de los soldados en casas particulares (Beaune, 1990: §802, año 1441), de las que incluso se expulsa a sus moradores:

“Y se alojaron varios capitanes en el Temple, en Saint-Martin y en las plazas antedichas, por falta de señores; y fueron todas las callejuelas situadas en torno a los dichos lugares tomadas por los dichos capitanes o por sus gentes, y las pobres gentes expulsadas fuera de sus casas, y [sólo] con grandes ruegos y con gran esfuerzo recuperaban la techumbre de sus residencias, y este hatajo de ladrones [*“cette larronnaille”*] se acostaba en sus lechos, como hubiesen hecho a 11 o 12 leguas de París, y no había hombre que osase hablar de ello o portase cuchillo que no fuese encerrado en diversas prisiones.”

(Beaune, 1990: §131; anotación del año 1415)

Especialmente terrible parece también la posibilidad de la leva forzosa de civiles, como cuando el día de la Ascensión de 1441 las autoridades de Carlos VII reclutan a más de 300 trabajadores parisinos para participar en la toma de Creil a los ingleses, apresándolos a la salida de la iglesia:

“Item, el día de la Ascensión de Nuestro Señor, fueron apresados en París más de 300 pobres hombres trabajadores por las órdenes de un cruel tirano, que por entonces era presidente, llamado maestro [...], para llevar en la hueste ante Creil, y los espiaban los oficiales a la salida de las iglesias y les ponían muy rudamente la mano encima, y se portaban

³⁵ Es decir, del duque de Berry. En este momento es el líder de la facción opuesta a los Borgoñones, y suegro del conde de Armagnac.

³⁶ Unidad utilizada para medir volúmenes, que en el París de la época equivale a 156 litros de trigo (Beaune, 1990: 453).

mucho peor de lo que se les ordenaba, y lo que era peor, quien hablaba de ello mucho o poco era metido en prisión villanamente, y le costaba caro.”

(Beaune, 1990: §801)³⁷

Sin embargo, además de estos daños por así decir “menores”, la guerra supone el derrumbe de todo orden moral, de modo que el autor hace constante referencia a los más diversos crímenes cometidos por la soldadesca, a la que frecuentemente compara con sarracenos: secuestros, robos, saqueos, asesinatos, violaciones... Los hombres de armas aparecen así como unos seres inhumanos que no se detienen siquiera ante el infanticidio. Veamos algunos ejemplos de estos desmanes narrados por nuestro cronista:

“Y los falsos Armagnacs que portaban la banda comenzaron a hacer todo lo peor que podían, y vinieron muy cerca de París [...] E hicieron tantos males como hubiesen hecho los sarracenos, pues colgaban a las gentes, a unos de los pulgares, a otros de los pies, a otros los mataban y secuestraban a cambio de un rescate, y violaban mujeres, y provocaban incendios, e hiciese quien hiciese esto, se decía «*Esto hacen los Armagnacs*», y no permanecía más persona en los dichos pueblos que ellos mismos [...] Se pregonó por París que se entregase a los Armagnacs, y quien pudiese matarlos que los matase y tomase sus bienes. Así se fue [a atacarlos] mucha gente, que varias veces les hicieron perjuicio, y especialmente grupos de gente de los pueblos, a los que se llamaba bandidos, que se reunieron e hicieron mucho mal bajo el pretexto de matar a los Armagnacs.”

(Beaune, 1990: §16; anotación del año 1411)

“Item, que en torno a París, de cualquier parte que fuese, no osaba ir nadie que no fuese atracado, y si se resistía o defendía, era asesinado por las propias gentes de armas de París, que salían todas las veces que querían fuera de París para saquear; pues cuando regresaban, estaban tan cargados de bienes como hace el erizo de manzanas, y nadie osaba hablar de ello, pues así placía a los gobernantes de París.”³⁸

(Beaune, 1990: §171; anotación del año 1417)

“Item, fue verdad que algunas de las dichas gentes de armas estuvieron llenas de una crueldad y tiranía tan grandes que asaron hombres y niños al fuego cuando no podían pagar su rescate, y cuando alguien se quejaba

³⁷ No llegaron a entrar en combate, pues antes siquiera de que partiesen de la ciudad llegaron noticias de que Creil había sido tomada (Beaune, 1990: §801).

³⁸ Es importante señalar que se trata de un momento en el que la capital está bajo gobierno de los Armagnacs, por lo que esas malvadas “gentes de armas de París” o esos “gobernadores de París” no son tanto las clases urbanas de París, por las que tanta simpatía siente nuestro cronista, como los Armagnacs.

al condestable o al preboste, su respuesta era: «(...) *si hubiesen sido los borgoñones no hablaríais de ellos*».

(Beaune, 1990: §187; anotación del año 1418)

“Y en este tiempo crecía más y más fuerte la guerra, pues los que se llamaban a sí mismos Franceses [...] hacían correrías todos los días hasta las puertas de París, saqueaban, mataban hombres, porque a ninguno de los [grandes] señores les preocupaba poner fin a la guerra, puesto que ya no pagaban a sus soldados y éstos no tenían otra cosa que lo que tomaban al matar y apresar a hombres de todas condiciones, mujeres, niños.”

(Beaune, 1990: §644; anotación del año 1434)

“Item, [las tropas reales] cogían a los niños pequeños que se encontraban por los caminos, en los pueblos o en otras partes, y los encerraban en arcas, y allí morían de hambre y de otras privaciones, si no se pagaba un gran rescate por ellos.

Item, cuando un hombre de bien tenía una mujer joven y la podían apresar, y él no podía pagar el rescate que se le pedía, le atormentaban y tiranizaban muy gravemente; y los metían en grandes arcas, y después tomaban a sus mujeres y las ponían por la fuerza sobre la tapadera del arca donde el buen hombre estaba, y gritaban: «*Villano, para tu vergüenza [“en dépit de toi”]*³⁹, *tu mujer será cabalgada en este lugar*». Y así lo hacían, y cuando habían hecho su mala obra, dejaban al pobre hombre morir ahí dentro, si no pagaba el rescate que le pedían. Y así no había ni rey ni ningún príncipe que a causa de esto se decidiese a aportar alguna ayuda al pobre pueblo, sino que decían a los que se quejaban de ello: «*Ellos tienen que vivir; si hubiesen sido los ingleses no hablaríais de ello. Os va demasiado bien*».”

(Beaune, 1990: §793-4; anotación del año 1440)

De hecho, el autor del *Journal* tiene tan arraigada la idea del comportamiento atroz de los soldados que cuando la toma de París por las tropas de Carlos VII en 1436 no va seguida de una orgía destructiva de incendios, asesinatos y saqueos nuestro cronista lo atribuye nada menos que a un milagro de San Denis, pues efectivamente los conquistadores habrían planeado cometer tales crímenes (Beaune, 1990: §693).

En realidad, el odio que siente hacia los soldados (recordemos que su apelativo preferido para designarlos es “ladrones”) engloba a las tropas de todas las facciones. Si bien es cierto que en un primer momento, al comienzo de la guerra civil, se esfuerza en dejar claro que las tropas borgoñonas no se comportan de la misma manera, pues obtienen sus provisiones y alojamientos a través del dinero y no de la

³⁹ La expresión *en dépit de* no parece tener todavía el significado de “a pesar de”.

fuerza. La insistencia inicial en este punto me parece un rasgo muy revelador de la ideología del autor y de sus ideas acerca de la guerra y los militares:

“Y vino tan gran multitud de gentes de armas a Paris que en los pueblos de alrededor no quedó ninguno. Sin embargo, las gentes del dicho duque de Borgoña no tomaban nada sin pagar, y hacían cuentas todas las noches con sus hospederos y pagaban todo al contado en la ciudad de París.”⁴⁰

(Beaune, 1990: §1; anotación del año 1405)

“Y así no había gentes de armas en los campos más cerca [de París] que Saint-Denis, donde estaba el duque de Borgoña y sus gentes, que no hacían ningún mal a criatura alguna.”

(Beaune, 1990: §89; anotación del año 1414)

Sin embargo, sus simpatías ideológicas no le impiden condenar también a las tropas borgoñonas cuando se comportan como el resto, hecho que quizás convendría añadir a los motivos del progresivo enfriamiento de su ardor partidista (que será efímeramente reavivado con motivo del asesinato de Juan Sin Miedo en 1419 y, como hemos visto, definitivamente abandonado a raíz de la nueva línea política de Felipe el Bueno):

“Item, en este tiempo había tan terrible dolor en París, que nadie osaba ir a vendimiar fuera de París [...] pues los Borgoñones odiaban mucho a los burgueses⁴¹ de París, y venían a hacerse con provisiones hasta los suburbios [“*faubourgs*”] de París, y cualquier persona que encontraban era apresada y llevada con su hueste. Y con ellos había mucha gente de París que había sido proscrita, los cuales reconocían a todos [los apresados] por pesquisa o de otro modo; y si eran personas de algún renombre, eran tratados cruelmente y se les imponía un rescate tan grande como era posible, y si escapaban por algún azar y venían a París y se tenía noticia de ello, se les hacía sospechosos de haberse dejado atrapar voluntariamente, y eran encerrados en prisión.”

(Beaune, 1990: §167; anotación del año 1417)

⁴⁰ Beaune nos ofrece en la nota a este fragmento una de sus características puntualizaciones a las afirmaciones del cronista: “*Cela fait traditionnellement partie de la propagande bourguignonne. Le parti qui a une clientèle populaire insiste toujours sur son souç du bienêtre des populations. Par ailleurs, les troupes bourguignonnes sont mieux payées, ce qui devrait en principe les amener à éviter le pillage*” (Beaune, 1990: 29, nota 5).

⁴¹ Es probable que el término “burgués” no se esté refiriendo aquí al conjunto de la población urbana sino a su sector más pudiente, que el cronista nos presenta en general como afín a los Armagnacs, por ejemplo para París en 1413 (Beaune, 1990: §85) o para Soissons en 1418 (Beaune, 1990: §212). El apoyo de los sectores más consolidados de la burguesía parisina a la causa de los Armagnacs parece haber sido una realidad, aunque con algunos matices (Thompson: 168).

Y, de hecho, a partir de entonces en el *Journal* encontramos diversas expresiones de condena general, como las siguientes:

“Y cierto es que algunas gentes que venían de Normandía a París, que se habían escapado de los Ingleses pagando un rescate o de otra manera, después habían sido apresados por los Borgoñones, y después, en torno a media legua más adelante, eran vueltos a apresar por los Franceses y tratados tan cruelmente y por tiranía como sarracenos. Pero por sus juramentos, esto es, los de algunos buenos mercaderes, hombres de honor, que habían sido prisioneros de los tres [bandos] antedichos, de los que se habían escapado pagando un dinero, juraban y afirmaban que más gentiles habían sido con ellos los Ingleses que los Borgoñones, y los Borgoñones cien veces más gentiles que los de París.”

(Beaune, 1990: §172; anotación del año 1417)

“Y no hay nadie que esté ahora en el oficio de las armas [*“aucun qui soit maintenant aux armes”*], sea del bando que sea, Francés o Inglés, Armagnac o Borgoñón o Picardo, a quien escape nada que pueda [llevarse consigo], si no está demasiado caliente o es demasiado pesado, por lo que es una gran lástima y perjuicio que los [grandes] señores no se pongan de acuerdo. Pero, si Dios no se apiada, toda Francia está en gran peligro de perderse, pues por todas partes se arruinan los bienes, se mata a los hombres, se provocan incendios, y no hay extranjero o allegado que diga: «*Dimitte*»⁴², sino que siempre va de mal en peor, como está claro.”⁴³

(Beaune, 1990: §543; anotación del año 1430)

Al comenzar este apartado hablábamos de cómo para nuestro cronista la guerra parece presentarse como un espectáculo desolador, maligno e inhumano. Deberíamos añadir quizá: un espectáculo absurdo y cotidiano. Absurdo porque, salvo en los años de la guerra civil, cuando está convencido de que hay que derrotar a los Armagnacs a toda costa, hemos visto que la lucha carece de justificación o utilidad alguna: parece que se guerrea solamente por ambición de los príncipes y por avaricia de los soldados. Cotidiano porque, a medida que pasan los años y el conflicto se prolonga y se estanca, está claro que la guerra ha dejado de ser un mal esporádico para convertirse en endémico, una realidad que condiciona la vida diaria y toda la existencia de la población civil. Así pues, la guerra, “*esta maléfica y diabólica guerra*” (Beaune, 1990: §686; anotación del año 1436), es una especie de maldición que atenaza la tierra provocando caos, miseria y muerte, un escenario de atrocidades

⁴² Alusión al pasaje del Padrenuestro relativo al perdón: “*Dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*”.

⁴³ A raíz de este fragmento, la editora ofrece una reflexión interesante, reconociendo que el cronista no hace una lectura de la guerra en clave nacional (según ella, “se le escapa”), pues ve el conflicto como una guerra civil entre príncipes: “*Il réduit le conflit à une guerre civile entre princes. Le caractère national du conflit (avec les Anglais) lui échappe*” (Beaune, 1990: 280, nota 80).

sin límite que obliga a convivir con el horror mientras se abandona toda esperanza, una especie de Apocalipsis persistente, que permanece día tras día sin conducir a ningún desenlace, que no culmina nunca.

5. A manera de conclusión: la identidad urbana ante la guerra

Quizá uno de los rasgos más interesantes del *Journal* sea que nos ofrece una voz que raramente escuchamos cuando estudiamos la guerra medieval: una voz afín a la población civil apartada del poder, a la cual el conflicto bélico no tiene nada que ofrecerle porque no tiene nada que ganar con él, y sí mucho que perder. Es debido a esto que encontramos en el texto tantas cosas chocantes, tantas ideas aparentemente extravagantes, tantas refutaciones a los consensos académicos contruidos exclusivamente a partir del testimonio que nos han dejado los poderosos. Es, en cierto modo, un texto situado *al margen*, y eso lo dota de unas particularidades que lo convierten, en mi modesta opinión, en una de las crónicas más fascinantes de la Europa medieval.

En este sentido, quisiera destacar cómo nos ofrece, en su sobrio estilo más dado a las alusiones, los sobrentendidos y los juicios de valor cargados de connotaciones que a las formulaciones ideológicas explícitamente desarrolladas, una definición de la identidad urbana, especialmente parisina, única identidad de la que nuestro cronista participa incondicionalmente a lo largo de todo el texto y a la que se muestra devoto y leal en todo momento. La guerra y los aspectos militares juegan desde luego un papel fundamental a lo largo de la crónica en la construcción de un discurso en torno a esa identidad urbana, pues ésta se fundamenta ante todo en la paz.

La identificación de la ciudad con la paz tiene en el *Journal* al menos tres niveles: el moral, el político y el social. A nivel moral, la ciudad aparece como una isla de virtudes rodeada por un océano de caos y maldad donde se cometen los crímenes más horrendos. París parece ser a veces el último bastión de lealtad y cordura en un mundo desquiciado que en determinados momentos adquiere tintes apocalípticos. En el plano político, la ciudad es presentada como la defensora por excelencia del bien común frente a las ambiciones particulares de los poderosos. De este modo, los habitantes de la ciudad son los principales valedores del interés general, al tratar de minimizar y poner fin a los conflictos cuya prolongación en el tiempo sólo beneficia a unos pocos. El *Journal* es especialmente claro en este aspecto acerca del papel militar de las milicias urbanas, de las cuales se nos dice en una anotación de 1412 (relativa a una expedición de las milicias de París, Ruán y otras

ciudades contra los Armagnacs) que, de haberseles permitido, “*hubiesen limpiado el reino de Francia de falsos traidores*⁴⁴ *en menos de un año*” (Beaune, 1990: §55). De este modo, a nivel social, la ciudad se nos muestra como el hogar de las buenas gentes del común que se oponen a la rapiña de unos nobles violentos, egoístas y depredadores. De hecho, nuestro cronista manifiesta por lo general una enorme hostilidad hacia la alta nobleza, que en un primer momento proyecta sólo hacia la facción Armagnac (entendida, de acuerdo con la propaganda borgoñona a la que tan sensible se muestra, como la facción de los grandes señores opuestos al bien común), pero que con su progresivo desencanto político podemos hacer extensiva también al bando borgoñón. Y por el contrario, hace muestras constantes de simpatía hacia las clases populares, tanto las campesinas como especialmente las urbanas y sobre todo las parisinas, el *pauvre peuple* o *menu commun*, las cuales son los verdaderos protagonistas de su relato, los más leales súbditos de Carlos VI, el principal sostén de los Borgoñones durante el enfrentamiento de facciones y los grandes sufridores de los desastres de una guerra que parece cebarse con especial saña en ellos. Son por ello también los más acérrimos defensores de la paz, tal y como vemos en un episodio de 1413 en el que los Borgoñones son incapaces de frenar un estallido popular que reclama la paz y acaba derrocando el régimen pro-borgoñón de los *Cabochiens* (en esta fase el cronista no ha perdido aún su candor político y la paz le parece por cierto bochornosa, apenas una estrategia de los Armagnacs para retomar el poder en París):

“y allí reunieron a la gente, y les mostraron cómo la paz que se había tratado no contribuía al honor del rey ni del duque de Borgoña, ni al provecho de la buena ciudad y de sus habitantes, sino al honor de los dichos portadores de la banda, que tantas veces habían mentido en sus juramentos. Pero el común menudo, que ya estaba reunido en la plaza de Grève, armados todos a su poder, que mucho deseaban la paz, no quisieron nunca recibir sus palabras, sino que empezaron a gritar, todos a una voz: «¡La paz! ¡La paz! Y el que no la quiera, que se ponga al lado izquierdo, y el que la quiera que se ponga al lado diestro». Entonces se pusieron todos del lado diestro, pues ninguno osó contradecir al pueblo.”
(Beaune, 1990: §71)

Sólo teniendo en cuenta este juego de oposiciones binarias (virtud *vs.* maldad, bien común *vs.* ambiciones particulares, clases populares *vs.* alta nobleza), que a ojos de nuestro cronista definen la identidad urbana, podemos entender que, aunque la situación política experimenta muchos cambios con el paso del tiempo, el *Journal* parece ofrecernos siempre una imagen fija: la de una ciudad sitiada casi

⁴⁴ “*Faux traitres*” es un término habitual en el *Journal* para referirse a los Armagnacs.

permanentemente a lo largo de más de 30 años por una turba de soldados y bandidos que tienen diversas procedencias y filiaciones políticas, pero que parecen unidos en la unánime voluntad de destruir, saquear y asesinar a las buenas gentes de París. Frente a esta amenaza permanente, el magno enfrentamiento que nosotros conocemos como “Guerra de los Cien Años”⁴⁵ parece cada vez más ajeno, un conflicto protagonizado por dos ejércitos igualmente extranjeros (“Franceses” e “Ingleses”), que por mucho tiempo parece haberse convertido en una guerra endémica sin esperanzas de victoria para ningún bando⁴⁶.

La idea de una ciudad aislada y rodeada por una horda de criminales conjurada para destruirla podría servir como un resumen bastante exacto del *Journal*. La imagen combina la claustrofobia y la paranoia de un autor al que la guerra había destruido tantas sólidas certezas que su ánimo estaba más que predispuesto a creer que en el entorno de París un bastardo de la nobleza dedicado al oficio de las armas podía cometer las atrocidades contenidas en el relato con el que se iniciaba este artículo. Por eso es especialmente llamativo que la imagen de la urbe sitiada aparezca ya casi al comienzo de la crónica (apenas en el tercer párrafo), en un momento en el que la guerra civil apenas acababa de comenzar y en principio nada hacía sospechar que se avecinaban décadas de horror. Se trata de un fragmento que aporta una rara belleza a la estructura de la obra⁴⁷ y que nos muestra cómo, en una especie de premonición, los habitantes de París se estremecen anticipadamente ante una idea que no tardará en parecerles terriblemente real:

“Y el 10 de octubre siguiente, sábado, hubo tal tumulto en la ciudad de París como se podía ver claramente, sin saber por qué; pero se decía que el duque de Orleans estaba en la puerta de Saint-Antoine con todas sus fuerzas, lo que resultó en nada; y las gentes del duque de Borgoña se armaron, pues las gentes de París estuvieron tan agitadas como si todo el mundo estuviese contra ellos y los quisiese destruir.”⁴⁸

⁴⁵ La expresión parece haberse utilizado por primera vez en 1823 (Potter, 2002: 90).

⁴⁶ La situación sólo parece iluminarse cuando las tropas de Carlos VII conquistan las últimas plazas fuertes desde las que los ingleses seguían hostigando la capital y obstruyendo sus vías naturales de comunicación y suministros a través de los ríos Marne y Oise: fundamentalmente Meaux, Creil y Pontoise. La primera fue tomada en 1439 (Beaune, 1990: §767) y las otras dos en 1441 (Beaune, 1990: §801 y §808).

⁴⁷ Una rara belleza estructural que se refuerza si consideramos cómo la crónica concluye abruptamente con el relato de las celebraciones por la toma de Ruán, incluyendo una representación teatral cuyo contenido se nos rehúye en forma de una elipsis que funciona como sorprendente e inesperada *mise en abyme* de la obra en su conjunto: “*Et fut fait [...] un moult bel échafaud où on fit une très belle histoire de paix et de guerre qui longue chose serait à raconter, que pour ce on délaissa*”. Porque, en efecto, difícilmente podrá encontrarse una mejor definición del *Journal*, que ciertamente es “*una muy hermosa historia de paz y de guerra, que larga cosa sería de contar*”.

⁴⁸El subrayado, una vez más, es mío.

(Beaune, 1990: §3; anotación del año 1405)

De modo que el *Journal* nos ofrece ya al comienzo su principal lección sobre nuestro asunto: la de que la identidad urbana ante la guerra se asienta, por así decir, sobre el espanto, como si todo el orgullo ciudadano no fuese más que una gigantesca máscara concebida para ocultar la conciencia de la propia vulnerabilidad. En el empeño imposible del autor por exorcizar ese horror primordial a través de la palabra, por narrar lo indecible, uno cree encontrar ecos de ese absurdo que según Camus “*nace de esta confrontación entre el llamamiento humano y el silencio irrazonable del mundo*” (Camus, 1963: 28). De entre los estruendos de la Guerra de los Cien Años surge así el *Journal* como testimonio de otra lucha infinitamente más épica: la de una razón que se subleva contra ese persistente Apocalipsis y pretende sujetarlo a las normas del entendimiento y la moral, entregándose a un combate sin cuartel en el que reconocemos uno de esos “*homenajes que el hombre tributa a su dignidad en una campaña en la que está vencido de antemano*” (Camus, 1963: 67). Dicho de otro modo: el *Journal* nos presenta una razón que asume que su destino es la derrota, pero no la rendición. Porque, como bien sabían Oliveros, Byrhtnoth o Beowulf, ésa es la verdadera esencia de la épica.

Referencias

Bibliografía

Allmand, C. (1990). *La guerra de los Cien Años*. Barcelona: Crítica.

Beaune, C. (1993). La rumeur dans le Journal du Bourgeois de Paris. En: *La circulation des nouvelles au Moyen Âge. XXIV^e Congrès de la SHMESP (Avignon, 1993)*, Paris: Publications de la Sorbonne – École Française de Rome, 191-203.

Beaune, C. (ed.) (1990). *Journal d'un bourgeois de Paris de 1405 à 1449*. Paris: Le Livre de Poche.

Bove, B. (2010). Deconstructing the chronicles: rumours and extreme violence during the siege of Meaux (1421-1422). *French History*, 24/4, 501-523.

Camus, A. (1963). *El mito de Sísifo. El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada.

Contamine, P. (1989). *La guerra de los Cien Años*. Barcelona: Oikos-Tau.

Favier, H. (2010). *Pierre Cauchon. Comment on devient le juge de Jeanne d'Arc*. Paris: Fayard.

- Favier, J. (2012). *Le bourgeois de Paris au Moyen Âge*. Paris: Tallandier.
- Finkielkraut, A. (2004). *La derrota del pensamiento*. Barcelona: Anagrama.
- Godefroy, F. (1880-1895). *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX^e au XV^e siècle* (10 vols.). Paris: F. Vieweg, libraire-éditeur.
- Guenée, B. (1992). *Un meurtre, une société. L'assassinat du duc d'Orléans, 23 novembre 1407*. Paris: Gallimard.
- Guenée, B. (2004). *La folie de Charles VI, roi bien-aimé*. Paris: Perrin.
- Huizinga, J. (1995). *El otoño de la Edad Media*. Barcelona: Altaya.
- Loraux, N. (2008). *La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía*. Madrid: Akal.
- Michelet, J. (1841). *Histoire de France*, vol. 5. Paris: Librairie Classique et Élémentaire de L. Hachette.
- Mitre Fernández, E. (2011). Una ciudad acosada en la primera mitad del siglo XV. La capital de Francia vista por *Un burgués de París*. *Talia dixit*, 6, 61-84.
- Potter, D. (ed.) (2002). *France in the Later Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press.
- Schnerb, B. (2005). *L'État bourguignon (1363-1477)*. Paris: Perrin.
- Schnerb, B. (2009). *Armagnacs et Bourguignons. La maudite guerre (1407-1435)*. Paris: Perrin.
- Shirley, J. (ed.) (1968). *A Parisian Journal (1405-1449)*. Oxford: Clarendon Press.
- Thompson, G. Ll. (1991). *Paris and its people under English rule: the Anglo-Burgundian Regime (1420-1436)*. Oxford: Clarendon Press.
- Tuetey, A. (ed.) (1881). *Journal d'un bourgeois de Paris (1405-1449)*. Paris: Champion.